

## XXXVIII.

Ya hemos visto que la guerra se hacía por momentos inevitable. Al fin estalló, dando la señal Escocia, más fanatizada todavía que Inglaterra por sus jefes puritanos, hombres de fe ardiente y corazón sanguinario. Eran los escoceses, aunque independientes por sus leyes y su Parlamento, súbditos de Carlos; pero el espíritu de rebelión que agitaba y perturbaba entónces la Inglaterra de uno á otro extremo, encubierto en Escocia como en todas partes todavía, bajo los nombres de independencia y de oposición, les inspiró la idea de penetrar en territorio inglés al frente de numeroso ejército, prestando hacerlo de acuerdo con los puritanos y el Parlamento de Londres, en defensa de los derechos de ambos pueblos amenazados por la misma corte.

Cuando hubieron recibido este auxilio y confortándose con él los oradores de la oposición en el Parlamento de Londres y los más celosos partidarios del puritanismo, no tuvo límites su audacia, ni conoció freno su insolencia, osando los mayores desafueros con el Rey. Los tribunos ménos infatuados de la nueva fe, tales como Vane, Hampden y Pym lo parecieron, tornándose á los ojos de los republicanos de Inglaterra en Catones, Brutos y Casios, y de los puritanos en otras tantas víctimas de la tiranía merecedoras de ocupar señaladísimo asiento en el martirologio de la libertad. Y como se acrecentaron y sublimaron las susceptibilidades del partido puritano en la medida que se aumentaban sus medios de resistencia, y se indignaron viendo llegar de Francia, llamados de la reina Enriqueta,

varios sacerdotes que habían ido para dirigir su conciencia, ejercer en Londres su culto, y habitar en la corte, dieron á entender que aquello era la parte visible de tenebrosa conjura contra el protestantismo, haciendo sospechosa y temible á los ojos del vulgo la inofensiva fidelidad de la jóven y encantadora dama que por tal modo rendía tributo á las convicciones de su conciencia y á los ritos de su religión; y poniendo en ejecución sus malos pensamientos, acusaron al Rey de complicidad, ó cuando ménos de culpable tolerancia con la esposa que tanto amaba. Y pues el Rey cedía siempre á todas las exigencias animado del mejor deseo y de sus pacíficas inclinaciones, de una en otra pretensión llegaron á pedirle que sancionase un *bill* en cuya virtud quedara el Parlamento autorizado á reunirse de hecho si S. M. dejaba pasar un intervalo de tres años sin convocarlo. Hasta entónces la convocación anual ó trienal de los Parlamentos ántes había sido costumbre que no derecho de la libertad inglesa, y consentir Carlos en tamaña pretensión era tanto como reconocer frente á la suya y con iguales facultades la soberanía representativa. Pero no satisfecho aún el Parlamento, cuyas pretensiones se acrecentaban en la medida de la debilidad del Rey, logró establecer, de acuerdo con S. M., la permanencia de su intervención y de su poder por medio de una junta que residiría en Londres los interregnos parlamentarios. Hizo más todavía, y creó aparte de la dicha junta, otra encargada de seguir y acompañar á todas partes la persona del Rey en el viaje de pacificación que S. M. se proponía emprender por Escocia; pero cuando le fué otorgada esta facultad, llevó su audacia desmedida y su ambición desafiada en todo al extremo inconcebible de pedir el

nombramiento de un *Protector* del reino, especie de tribuno nacional ó de virey de la Cámara, cuyo trono se asentara enfrente del de Carlos. Hé aquí el origen del título, imaginado del delirio parlamentario, que debía naturalmente tomar Cromwell cuando lo hizo dueño de su patria el estrago de la guerra civil; que no lo forjó él, como se ha dicho, sino que lo halló prevenido y al uso de las facciones con cuyo esfuerzo caería derrocada la monarquía.

## XXXIX.

En tanto que viajaba el Rey por Escocia, como hubiera quedado abandonada la Irlanda y desguarnecida de tropas que mantuvieran la paz en ella, como motivo de ser necesaria su presencia en otro lado, se agitaron de nuevo los ánimos y se revelaron contra la autoridad del Monarca, no contribuyendo poco al desorden general del reino la conducta desatentada y turbulenta de sus propias Cámaras, las cuales imitaron en todo el mal ejemplo de Inglaterra. Pero si la nación irlandesa, dividida de muy antiguo en dos razas y dos religiones que se aborrecían, se confederó en un principio para libertarse del yugo de la Corona, presto los católicos y los viejos irlandeses de las provincias más apartadas del centro rompieron el pacto separándose; y aprovechando la ocasión que les brindaba los disturbios de la capital y la debilidad del Gobierno que los contenía, degollaron en aquellas nuevas *Visperas Sicilianas*, más sangrientas que lo fueron las de Sicilia, á todos los colonos ingleses de siglos atrás establecidos en los mismos lugares y con los cuales formaban un solo pueblo, en fuerza de mezclarse y confundirse

unos con otros. Y fué la matanza tan horrenda, que ni la llamada de San Bartolomé, ni las jornadas de Setiembre, ni las proscripciones de Roma en la época de Mario, ni las de Francia cuando el Terror, pueden ser comparadas con los actos de barbarie perpetrados por los irlandeses, y que arrojaron una mancha de infamia sobre su raza y la historia patria; subiendo tanto de punto en sus excesos, que hasta los mismos caudillos é iniciadores de la conspiración en la provincia del Ulster se asombraron de la ferocidad, rencor, fanatismo y saña desafiada del pueblo desencadenado por obra suya; como que las fiestas celebradas por los bárbaros vencedores para conmemorar su criminal victoria, fueron someter los vencidos á suplicios más lentos y crueles que cuantos pudo nunca inventar la perversidad de los canibales; prolongando los martirios y agonías de los prisioneros de ambos sexos para prolongar su infernal regocijo, y haciendo correr la sangre gota á gota y evaporarse la vida en suspiros de angustia para vigorizar y exaltar y enfurecer su propia saña.

Estas matanzas tuvieron lugar en todas las provincias de Irlanda, excepto en Dublin, su capital, donde algunas tropas del ejército bastaban á mantener la paz. Más de cien mil víctimas inocentes entre hombres, mujeres, niños, ancianos y enfermos cayeron muertos en el umbral de las casas que habitaban y en los campos que labraban en comun con sus desnaturalizados hermanos; no extinguiéndose las llamas del incendio de sus hogares sino en la sangre de las víctimas del incendio. Muchos lograron escapar al estrago, huyendo á los montes con sus mujeres é hijos; pero tardaron poco en sucumbir de hambre y de frío. Hubiérase dicho que la

tierra irlandesa se entreabrió para ser sepulcro de la mitad de sus hijos; no siendo posible leer en las historias más imparciales la relación de tan prolongado y cruento crimen nacional sin sentirnos movidos á maldecir á sus instigadores y verdugos, y no comprendiendo hasta entónces las maldiciones del cielo que han caído sobre Irlanda. Pues si nada es eficaz á justificar la tiranía, el pueblo que acumula en sus anales tan espantable serie de crímenes y asesinatos, no puede acusar á sus opresores de tiranía sin evocar el recuerdo de sus iniquidades; que las desdichas de las naciones no siempre son crímenes imputables á sus conquistadores, si que también á veces el merecido castigo de sus crímenes; desgracia esta la más irremediable, porque no solamente los priva de libertad é independencia, sino hasta del derecho de mover de lástima y de ser compadecidos.

## XL.

El Parlamento acusó al Rey de todas estas calamidades, y el Rey, á su vez, con más equidad al Parlamento de su impotencia. Y como el partido republicano cobraba nuevas fuerzas en el país por efecto del encarnizado y estéril conflicto que surgió entre la Corona y los parlamentarios que dejaban desorganizarse la nación y asesinar sus correligionarios por los católicos, los más exaltados recabaron de la Cámara, bajo el nombre *Remonstrance* (Amonestación), un llamamiento al pueblo de la Gran Bretaña; verdadera y sangrienta acusación contra el Gobierno del Rey, pues en este papel se reunían y acumulaban en un solo capítulo de cargos

todos los errores y desdichas del reinado, arrojando sobre la frente del Soberano las culpas de los partidos, y hasta la sangre de los ingleses asesinados por los católicos en Irlanda, y concluyendo tácitamente que la salud de Inglaterra consistiría en lo sucesivo en restringir el poder real y acrecentar sin límites el parlamentario.

Cárlos contestó á tan procaz acusación sincerándose de una manera conmovedora, pero débil. Lo cual visto del Parlamento, hizo subir de punto la insolencia de algunos de sus individuos, que se atrevieron á dirigir evidentes golpes á su prerogativa y decoro, poniéndolo en el trance de avenirse á vergonzosa humillación para su rango y calidad, ó reivindicar su derecho enérgica y resueltamente. Y optando por esto último, se dirigió en persona á la Cámara de los Comunes para mandar prender aquellos de sus individuos que habían incurrido en el delito de lesa majestad. Al efecto requirió al Presidente para que sin tardanza los designara.

—«Señor,—le contestó el Presidente puesto de rodillas,—como en el sitial que ocupó sólo á la Cámara debo prestar obediencia, ruego humildemente á V. M. me perdone si no cumplo su mandato.»

Humillado el Rey, se retiró del Parlamento seguido de su guardia, y se trasladó al Municipio para recabar de los concejales de Lóndres que no dieran asilo á los culpados. Al salir de las casas de la ciudad la muchedumbre lo acogió con los gritos de ¡viva el Parlamento!, y el pueblo en masa corrió á las armas profiriendo las palabras bíblicas que dicen: *¡Israel, á tus tiendas!*, y pasó luego haciendo alarde bélico de su fuerza y muchedumbre al pié de las ventanas de White-Hall, residencia del Monarca. El cual, entónces, viéndose amenazado, escarnejado

y sin medios de ocurrir á su defensa si los tumultos tomaban ciertas proporciones, se recogió á Hampton-Court, residencia solitaria de verano, imponente y fortificada, y no léjos de Lóndres.

## XLI.

Temerosa la Reina de lo que pudiera sobrevenir á su marido y á sus hijos, rogó á Carlos con vivas instancias para que calmara la sobreexcitacion popular á fuerza de condescendencia. Mas aun cuando lo hizo así el malaventurado consorte, fué vano el sacrificio, pues llovian sobre la Cámara peticiones incendiarias, y era esta el idolo del pueblo y su salvaguardia desde la retirada del Monarca. Y como el Parlamento, so color de proteger á las masas en el caso de que volviera el ejército realista sobre Lóndres, se alzó con el poder militar, nombró por sí mismo los gobernadores de plazas fuertes y los generales; quedando reducido el rey por tanto á un pequeño número de partidarios y leales defensores en Hampton-Court. Entónces se decidió á poner mano á la espada, declarando guerra á los rebeldes. Empero ántes de hacerlo llevó á la Reina orillas del mar y la obligó mal de su grado á embarcarse la vuelta del continente para sustraer por tal modo al ménos á su mala estrella y adversa suerte lo que más amaba en la vida.

La separacion de los que sin faltar á la estricta verdad histórica pudieran llamarse apasionados amantes, fué desgarradora, como si ambos presintieran ser aquel el adios postrero que se daban y que ya nunca más volverian á verse sino en el cielo. Ado.aba Carlos á Enriqueta de Francia, la

compañera de su juventud, á quien ponía por sobre todas las mujeres de su tiempo; y como acaso por esto mismo no pudo nunca ofrecerle sino tribulaciones, ya que no estuvo en su mano remediar las desdichas pasadas, ni tampoco lo estaba conjurar las presentes injurias, al ménos queria ponerla en paraje seguro donde la viera libre de compartir con él la suerte aciaga que presentia para sí mismo por término de su azarosa existencia. Desmayada y en brazos de sus servidores, llegó la hija de Enrique IV á bordo del buque donde debia volver al continente, no recobrando sus sentidos sino para lanzar apóstrofes á la Inglaterra, y pedir al cielo de lo intimo de su corazon prosperidad y ventura para su esposo, el más rendido y fino de todos.

## XLII.

Con el corazon desgarrado; pero resuelto á todo y enardecido Carlos con la partida de su esposa, se alejó de Hampton-Court y fué á establecer sus reales á la buena y fidelísima ciudad de York, juntamente con sus hijos, en medio de un pueblo adicto y entre tropas realistas.

Entónces hizo de modo el Parlamento que pareciera la conducta del Monarca equivalente á un peligro para la patria, y á fin de conjurarlo puso un ejército sobre las armas y confió su mando al conde de Essex. Dicho se está, supuesto el estado de sobreexcitacion del país, que se levantó en mesa el pueblo á la voz de las Cámaras, y que cada ciudad envió numerosos voluntarios á su milicia.

A su vez, Carlos, más grande y fortalecido en la contraria suerte que cuando gozaba de la plenitud

de su poder, demostró en aquella situación adversa, pero despejada y franca, el esfuerzo, cordura y luces naturales que le faltaron á veces al luchar con el Parlamento, cuyos embates y agresiones no supo sufrir resignado ni contrarestar animoso. La nobleza y la clase media, ménos fanatizadas que las clases ínfimas de la sociedad por las predicaciones puritanas, y ménos accesibles también á las seducciones oratorias de los tribunos parlamentarios, se pusieron en su gran mayoría de parte del Rey, siendo denominados *caballeros*. Pero las grandes ciudades del reino, y su capital más principalmente, como se tornaran en centros de agitacion y núcleos de resistencia, se alistaron bajo las banderas del Parlamento. Así las cosas y deslindados los campos de la manera que dejamos dicha, el conde de Essex, general acreditado, aunque temporizador, y más propio para la guerra regular que no para la civil, avanzó á la cabeza de quince mil hombres contra el Rey, que no contaba en sus filas más de diez mil.

### XLIII.

El primer encuentro de los dos ejércitos fué dudoso en resultados para la causa que cada cual defendía, y decisivo únicamente para dar testimonio de la bazarria personal de S. M., el cual concurrió al combate ántes como soldado animoso que como prudente capitán, cargando á la cabeza de sus escuadrones allí donde más empeñada estaba la refriega. Cinco mil hombres quedaron muertos en el campo; triste suceso que produjo universal consternacion en Lóndres por algunos dias, calmándose luego cuando se supo que Carlos se hallaba tan

quebrantado por efecto de la lucha que no podía dirigirse á la capital.

Esta primera batalla, conocida en la historia bajo el nombre de la de *Edge-Hill*, aunque gloriosa para las armas del Rey, fué inútil, sirviendo sólo á excitar el fanatismo de las masas y á engrosar indefinidamente las filas del Parlamento; y como éste re-elutaba sus tropas en la multitud, y Carlos sólo en la nobleza y el ejército regular, siguiase de aquí, que mientras el Rey tenía un ejército, la revolucion acaudillaba un pueblo entero, y que por tanto la continuacion de la lucha debia reducir y acabar á aquél, sin causar á éste daño irremediable.

«Quédese para nuestros enemigos la honra tradicional,—exclamaba en la Cámara de los Comunes Hampden el republicano, resumiendo el pensamiento de la revolucion,—y para nosotros la defensa de la idea religiosa.» Y así era, en efecto, como lo demuestran los párrafos siguientes de una carta escrita entónces al cardenal Mazarino por el embajador de Francia en la corte de Carlos I.

«Estoy maravillado,—decía el diplomático francés á pesar de la parcialidad de su corte á favor del rey de Inglaterra,—viendo cuán pródigo se muestra de su vida el Soberano, y cuánto es infatigable y laborioso y constante aún en medio de los mayores contratiempos y reveses. Porque á todas horas se le ve á pié ó á caballo, marchando con sus tropas, haciendo poco uso del carruaje para viajar de una parte á otra; y como los soldados parecen comprender todas las necesidades y angustias de su caudillo, se dan por satisfechos con lo poco que S. M. puede hacer por ellos, y van voluntarios y animosos, mal mantenidos y peor pagados, contra las tropas del Parlamento, mejor armadas y vesti-

das. Esto que digo lo veo con mis propios ojos, pudiendo por tanto añadir que S. M., en quien la desgracia revela cualidades de animoso en grado heroico, se muestra el rey más bizarro, prudente y tranquilo en medio de las grandes vicisitudes y contrariedades de todo género que lo rodean, políticas, económicas y militares. El mismo da todas las órdenes, hasta las que pueden reputarse insignificantes para ocuparlo; no firma un papel que no examine con escrupulosidad minuciosa; va generalmente á pié á la cabeza de sus regimientos, compartiendo así la fatiga del soldado, y sólo para descansar monta á caballo; desea la paz, pero viendo que todos la rechazan, acepta por fuerza la guerra... A mi parecer, tendrá ventajas al principio; mas no serán duraderas, á causa de la exigüidad de sus recursos y del trabajo con que los reune y aplica...»

En efecto, hasta de pan carecía que dar á sus soldados, cuando éstos no le pedían otra cosa en cambio de sus penalidades sino que los mantuviera; pareciendo más la relación de los cuatro años de guerra que sostuvo errante y en pugna desigual con sus vasallos, novela de aventurero que historia verdadera de la lucha grandiosa sostenida por un rey contra facciones enemigas al frente de sus tropas en el seno de su patria.

«Ora—dice á este propósito el fiel servidor de Carlos I que redactaba el diario de tan tristes jornadas—dormimos en el palacio de un obispo como en la choza de un carbonero. Hoy ha comido S. M. á campo raso; mañana tal vez no tenga el rey de Inglaterra un pedazo de pan que llevar á la boca. El domingo pasado, en Worchester, nadie probó alimento. Día terrible fué aquél, pues anduvimos desde

las seis de la mañana sin comer hasta la media noche. Ayer, después de caminar largas horas por las montañas, sólo hubo dos manzanas para la mesa de S. M., y á ellas quedó reducido, hasta que á las dos de la madrugada lograron los soldados encontrar algunos viveres. Hemos dormido en el suelo y sin abrigo,—escribe más adelante,—á la vista del castillo de Donnington.» Y en otra parte añade: «Anoche durmió S. M. en una carreta en los matorrales de Bockonnok, sin haber comido en todo el día. Hoy le ha dado de almorzar una pobre viuda á orillas de la carretera.»

## XLIV.

La constancia que demostraba el Rey luchando con la fortuna y sufriendo por ello las mismas privaciones y arrojando los mismos peligros que sus soldados, los hacía esclavos de su voluntad; que no son abandonados los reyes sino cuando el abandono comienza por ellos. Era Carlos en aquella circunstancia un Enrique IV, riñendo batallas por su reino; pero un Enrique IV desgraciado, no venturoso en lides; siendo tan extraordinario el efecto que su resignación y constancia producían en las gentes, que sus mismos enemigos al verlo de cerca en el campo volvían á su causa, movidos de entusiasmo por él.

«Uno de ellos, llamado Roswell, desertó de las filas del Parlamento para incorporarse á las tropas de Carlos; y como cayera prisionero de los republicanos y le preguntaran por la causa de su deserción, dijo así: «Pasaba por un camino á orillas del matorral, donde ví á S. M. rodeado de algunos lea-

les servidores, en ocasion que compartia con ellos un pan. Me acerqué movido de curiosidad, y quedé tan maravillado de la dulzura, calma, paciencia y grandeza del Monarca, que la impresion que me produjo en el alma la predispuso á consagrarse por entero á su causa.»

Sin embargo, Carlos ocultaba la sensibilidad de su corazon á los ojos de sus servidores, temeroso de mostrar en el Rey las naturales emociones del hombre, de tal modo que, viendo caer un dia herido mortalmente al lado suyo á lord Litchfield, uno de sus fieles y esforzados compañeros de armas, continuó mandando con aparente impasibilidad, y como si el suceso no le hubiera impresionado. Despues de asegurar la retirada del ejército y salvarlo, permaneciendo durante la evolucion á retaguardia, mandó acampar, y se recogió á su tienda para disponer por sí sólo el plan del siguiente dia, en lo cual empleó el resto de la noche; pero al despuntar del alba, cuando acudieron sus oficiales á recibir órdenes, echaron de ver en sus ojos, húmedos aún, que habia llorado y no poco la muerte de Litchfield.

#### XLV.

En tanto que Cromwell, su antagonista, que combatía en las filas del Parlamento, bajo las órdenes del conde de Essex, hablaba y se conducía siempre con tanta exaltacion mística, que muchos calificaban el entusiasmo de su fe de verdadera embriaguez producida del vino, se hallan conformes los escritores de la época en decir que Carlos, cual conviene á los hombres que se hallan en pugna con

la desgracia, se mostraba lleno de majestad en fuerza de permanecer sereno é imperturbable.

«Nunca lo vimos—dice uno de los generales de su ejército—exaltado por el triunfo ni abatido por los contratiempos, pareciendo en toda ocasion sobreponerse así á la fortuna como á la desgracia, y superior á los acontecimientos prósperos ó adversos.»

Sucediale á veces, dicen los escritores de aquel tiempo, que despues de pasar la noche marchando á caballo al frente de sus tropas, al clarear el dia se encaminaba solo á un cerro para conocer exactamente la marcha y la situacion de las milicias del Parlamento, no dándose reposo hasta ver á los suyos en buenas posiciones.

«Señores,—dijo una mañana dirigiéndose al grupo de jinetes que lo rodeaba,—hé ahí la aurora, dispersaos, y pues teneis hogar y familia, tiempo es ya de que tomeis descanso. Yo carezco de ambas cosas, y es diferente. Por eso me aguarda un caballo de refresco, y con él marcharé todo el dia y la noche; que si Dios me da males y daños infinitos para probarme, no ha sido ménos pródigo de paciencia conmigo para que soporte mejor la miseria!»

«Por tal manera,—escribia un poeta de aquel tiempo,—Carlos luchaba por luchar y por sostener su derecho, y remaba noche y dia sin tener puerto donde guarecerse.»

Por tal manera tambien la guerra lo engrandecia y sublimaba, no para el trono, sino para la posteridad.

## XLVI.

No consienten los límites que nos hemos trazado seguir paso a paso en todas sus peripecias aquella guerra de cuatro años entre un monarca y su pueblo, la más larga, diversa y dramática de las civiles. Si diremos que Cromwell, jefe de un regimiento de caballería compuesto de los confederados de Huntingdon, bajo las órdenes del de Essex, fué desarrollando en los campamentos el entusiasmo religioso que lo devoraba y comunicándolo á sus soldados; y que, ménos militar que apóstol, así aspiraba en toda ocasion al martirio en la batalla como á la victoria. Ni los triunfos señalados, ni los reveses, ni los ascensos, ni la celebridad fueron parte á distraer su alma un sólo instante del ideal que perseguía en la guerra sagrada; y mientras el conde de Essex, y lord Fairfax, y Waller, y Hampden, y Falkland peleaban, eran vencidos ó morían en ella, unos por su provincia, otros por su patria y su fe, Cromwell nunca sufría derrotas. El Parlamento lo elevó al grado de general, y entónces hizo en mayor escala lo propio que ántes habia hecho más en pequeño, esto es, fortificar el cuerpo de ejército que mandaba, purificándolo. Poco le importaba el número de los suyos; lo principal era el fanatismo: de aquí que divinizando por tal modo la causa, el fin y los medios de la guerra, elevaba Cromwell sus soldados sobre la humanidad y podía pedirles lo imposible. También por esta causa reconocen unánimes los historiadores de ambos partidos que á virtud del misticismo extraordinario que infundió Cromwell á los suyos pudo verificarse la

transformacion de un ejército de facciosos en ejército de *santos*, y que la victoria coronara todos sus esfuerzos contra las armas del Rey.

Compulsando la correspondencia del futuro Protector, como ya lo hemos hecho ántes en diversas épocas de su vida militar, hallamos la prueba más evidente de que su devocion y piedad no fueron nunca fingidas, sino sinceras, ingenuas y verdaderas. Y pues revelan al hombre en el jefe de partido con tanta más claridad y certeza, cuanto que casi todas fueron escritas á su mujer, á sus hermanas, hijas é íntimos amigos, repasémoslas de nuevo, que cada una de ellas es á manera de pincelada de mano maestra que completa la fisonomía verdadera del héroe de aquellos tiempos tan azarosos.

## XLVII.

Hé aquí ahora la descripción hecha de su cuerpo de ejército:

«Los soldados puritanos de Cromwell llevan toda clase de armas: picas, alabardas, mandobles y mosquetes, y visten de todas las maneras posibles, realizando á veces lo abigarrado de sus trajes á fuerza de jirones y de remiendos multicolores. Cuando van de marcha, suele ocurrir que hagan alto de improviso para predicarse mutuamente sermones, así como cuando hacen el ejercicio suspenderlo para entonar salmos. Oyese á los capitanes decir: *¡Apunten, fuego! en nombre del Señor!* Despues de la llamada leen los oficiales la Biblia ó el Evangelio á sus compañías, y las banderas las traen cubiertas de pinturas simbólicas y de versículos del Antiguo y Nuevo Testamento. Regulan el paso en las marchas



cantando los salmos de David, en tanto que los realistas lo hacen al compas de canciones báquicas; y como la licencia de la nobleza y de las tropas regulares resalta más y parece más odiosa, no obstante la bizarría de los caballeros, comparada con la conducta de los mártires de su fe, al cabo será el triunfo de los campeones que se reputan soldados de Dios y paladines de causa divina contra causa humana. Cromwell lo comprendió así antes que los demas, y lo predijo á su mujer desde las primeras batallas.

«Nuestros soldados—la escribia el día siguiente de un encuentro—se hallaban en tal estado de cansancio y de abatimiento, cual no se ha visto; mas plugo á Dios inclinar la balanza de su lado, y cuando éramos pocos y muchos los contrarios, chocamos unos contra otros, peleando cuerpo á cuerpo buen espacio, logrando romperlos al fin y ponerlos en fuga. Yo caí sobre su jefe, lord Cavendish, jóven bizarro de veintitres años, espejo de la nobleza y de la corte, y lo perseguí hasta una marisma, en la cual sus jinetes se atollaron y mi teniente lo atravesó de una estocada. El honor de la jornada corresponde á Dios, á quien debemos atribuir el vencimiento de nuestros enemigos. ¡El te inspire y te ilumine!»

## XLVIII.

Véase cómo dispuso de su módico haber en pro de la causa que defendia:

«Y ahora que hablo de esto, debo deciros—escribia Cromwell á su primo Saint-John—que la guerra de Irlanda y de Inglaterra me ha costado ya

treinta mil pesetas; razon por la cual no puedo auxiliar en lo sucesivo con mi peculio al Erario público. He dado á la causa de la religion mi caudal y mi fe, y estoy dispuesto á darle la vida; y como mi familia lo aprueba, y mis compañeros y soldados piensan de igual modo, mis tropas aumentan cada día, viniendo á engrosarlas honradísimos varones, ejemplarísimos creyentes, hombres, en fin, tales, que si los conocierais los amaríais cual yo los amo!»

El pueblo denominaba los soldados de Cromwell *Costillas de hierro*, aludiendo á su imperturbable confianza en Dios y á su resistencia en los combates. «Mis soldados no es á mí á quien aman con idolatría,—escribió una vez al presidente de la Cámara,—sino á vos, que no en otro tienen puestos los ojos, y que no por otro se hallan prontos á morir ó vencer; y esto es así, porque ántes aman su fe que no su jefe. El Señor es nuestra fuerza, y la gloria que buscamos es la del Todopoderoso. Rezad, pues, por todos nosotros, y pedid á los amigos que tambien nos encomienden.»

«No falta quien diga—escribia pocos dias despues á un amigo—que somos facciosos, y que tratamos de imponer por la fuerza nuestras opiniones religiosas, lo cual detestamos y aborrecemos tanto, que de mi parte os aseguro, con toda sinceridad, que nunca podria serme simpática la guerra que hacemos si no estuviera persuadido de su legitimidad y de su eficacia para defender nuestros derechos; terreno en el cual me propongo demostrar que soy tan honrado y sincero como recto. Perdonañme si os importuno; pero no tengo costumbre de notar cartas, y por eso cuando veo el papel blanco delante de mí, paréceme que me brinda con sus már-

genes para exponer en ellas las culpas que me sobrecogen. ¡Ni á quién comunicar mejor que á un amigo las calumnias que nos afligen, ni con quién tampoco desahogar las angustias más confiadamente!»

Más adelante refiere á su colega Fairfax un encuentro de sus tropas con un grupo de *clubmen*, partido neutral, pero en armas, que se había formado por patriotismo para interponerse cuando lo estimaba necesario entre los realistas y el Parlamento, á fin de ahorrar á la nación mayores y más sangrientos males.

«Después de haberles dicho—escribía Cromwell—que no teniais otro propósito sino el de pacificar el país, y que nuestras intenciones eran contrarias á los actos de violencia y de pillaje, despedí á los emisarios con encargo de transmitir mis palabras. Pero, como á pesar de mis promesas hicieron fuego sobre nuestras tropas, mandé cargar sobre ellos, y les cogí algunos centenares de prisioneros, á los cuales mandé dejar luego en libertad, tratándolos como á idiotas, aunque supiera los malos procedimientos que habían empleado ellos mismos con los prisioneros de nuestra causa que tuvieron la desgracia de caer en sus manos anteriormente.»

## XLIX.

Ya no era posible conseguir avenencia ni transacción alguna entre los dos partidos extremos que dividían la Inglaterra, pues ni los realistas hallaban términos hábiles de concertarse con un Parlamento que había luchado contra el Rey en los campos de batalla, ni los parlamentarios, que comenzaron

siendo facciosos por despecho, eran ya monárquicos, sino republicanos, punto á que habían llegado por la fuerza misma de los sucesos. Y tanto eran así, que hasta los textos de la Biblia contra los reyes, comentados por los puritanos en las ciudades y en los campos, les servían para republicanizar el pueblo y el ejército, formando con esto parte integrante de la doctrina religiosa la política. Pero si era Cromwell por naturaleza indiferente á las controversias estrictamente políticas, como no podía esperar el triunfo de su fe religiosa sino fiándola en todo al gobierno popular, y la Iglesia anglicana y la realeza se confundían en la persona de Carlos, ó, mejor dicho, en la de cualquiera otro rey de su raza, y el puritanismo sólo se hallaba seguro bajo la república, el buen sentido de Cromwell lo decidió á destronar á los Estuardos, entronizando el *Reinado de Dios*. Comenzaban por entonces sus convicciones á tornarlo intransigente con toda idea de paz, siendo esto tanto más temible para sus contrarios, cuanto que iba de victoria en victoria, y que aun cuando no tenía el nombramiento de general en jefe de los parlamentarios, el prestigio de su nombre y de su fama eran tan grandes como si lo fuera. Empero, aun cuando sólo vencía la revolución allí donde se hallaba él, nunca se atribuía la gloria de sus triunfos, cifrándola, juntamente con el contento que le producían, en Dios Todopoderoso.

«Este negocio es una nueva gracia divina,—escribía Cromwell después de la toma de Worcester y de Bristol.—Bien veis que no se cansa el Señor de protegernos, y pues todo es obra suya, bendigamos y alabemos sin cesar su nombre.»

Todos sus partes y comentarios militares revelan idéntica confianza en la intervención divina. «Quien

lea—dice al concluir la relacion circunstanciada de la batalla de Worcester—este despacho, no podrá ménos de ver en toda ella la mano de Dios.» «Y sería necesario—añade—no creer en él para dudarlo. Pero si pensamos siquiera en el fervor de nuestros soldados, luégo comprendemos que así debía suceder. ¡Y cuán grande no es ahora su gozo al considerar que han sido los instrumentos de la gloria de Dios y de la salud de la patria! El Señor se ha dignado, en efecto, elegirlos para ejecutar grandes designios, y los que han merecido tan señalada distincion harto saben que solamente la fe y las oraciones les han dado la victoria y hecho dueños de las plazas que ántes tenía el enemigo en su poder. Pero si presbiterianos, puritanos é independientes se sienten animados del mismo espíritu de oracion y de fe, y piden las mismas cosas y las obtienen de lo alto, con lo cual demuestran estar conformes y acordes, ¡cuán doloroso es que no suceda lo propio en política! No obstante, si para las cosas espirituales no empleamos con nuestros hermanos otras armas que las de la razon, para las demas Dios ha puesto la espada de su justicia en manos del Parlamento, y si su vista no intimda y sujeta los malvados, y acaso hubiera quien intentase despojarlo de ella, confundido sea, y Dios la conserve siempre en cuyo poder esta!»

## L.

Durante sus campañas habia casado Cromwell á dos de sus hijas, una de las cuales, llamada Brígida, la más jóven de todas, con el republicano Ireton. Esta era la preferida de su padre, quien gus-

taba de comunicarle sus pensamientos religiosos por hallar en ella los síntomas característicos de su propia exaltacion y ardiente misticismo. Citaremos algunos fragmentos de la correspondencia de Cromwell con su hija, y que servirán á demostrar cuál era la preocupacion constante de su ánimo.

«No quiero escribir á tu marido,—le dice una vez,—porque luégo me contesta cartas eternas, y ni tengo tiempo de leerlas, ni quiero tampoco que trabaje tanto en esas cosas.

»Tu hermana Claypole (la hija mayor de Cromwell) está preocupada de ideas que la perturban el seso, viendo cuánta es su vanidad y los errores lamentables á que la expone su espíritu carnal. Pero me consuela mucho que busque la única cosa en la cual sea posible hallar la paz y el sosiego del alma, pues quien busca del modo que lo hace tu hermana, se coloca por esto sólo en primera línea despues de los que han hallado, y los séres humildes y fieles que se muestran tan diligentes para encontrar, hallan al fin. ¡Bienaventurado el que busca! ¡Bienaventurado el que halla! ¡Quién ha podido gozar de la gracia del Señor un sólo instante sin sentir ansias vivas de llegar á la plenitud de ella? Hija mia muy amada, pide sin descanso fervorosamente al Señor que ni tu marido ni cosa ninguna puedan entibiar jamás tu amor á Jesucristo; que si tal haces, tu mismo marido será nuevo y eficaz estímulo que te anime á servir y amar á Dios con más empeño, no amando en él sino la imágen de Cristo que lleva en sí! Atiende á esto y prefíerele á toda otra cosa, y no ames lo demas sino por esto solamente! Adios; no me olvido de vosotros en mis oraciones; acordaos de mí en las vuestras!...»

Despues de haber trascrito estos fragmentos de

las cartas familiares de Cromwell, se ocurre preguntar si acaso puede ser este lenguaje de astuto político, que aún á los ojos de la hija preferida permanece misteriosamente velado, y cuyas más íntimas confidencias de familia no son otra cosa que indignas supercherías ocasionadas á engañar á una generación que no había de leerlas en vida suya.

## LI.

Pero no era sólo el general quien daba muestras de tanto misticismo, sino todo el ejército.

«Mientras hacíamos la mina para volar el castillo—escribe Cromwell en un despacho relativo á la campaña de Escocia—predicaba Mr. Stapleton, y los soldados que lo entendían hablar daban testimonio de su compuncion con gemidos y lágrimas.»

«Gloriosa jornada es esta,—dijo despues de la victoria de Preston.—Así ayude Dios á la Inglaterra á corresponder á sus singulares mercedes y á sacar provecho de sus misericordias infinitas, como yo lo deseo!»

Y despues de otra derrota sufrida por los realistas, escribía estas palabras á su primo Saint-John:

«No puedo hablar, ni decir cosa ninguna, en fuerza de la gratitud que siento hácia el Señor mi Dios por sus bondades tan señaladas. ¡Cuánto es grande y glorioso y digno de ser alternativamente ocasion de temor y de confianza para nosotros! ¡Fíemos en él y en su auxilio tan eficaz, que no faltará! ¡Alabe al Señor todo lo que respira y vive! ¡Recordadme á mi amado padre Enrique Vane (colega suyo en el Parlamento, y penetrado de su celo religioso y republicano), y que Dios nos ayude! Por lo que hace

cuanto puedan pensar los hombres de nosotros de nuestras acciones, no debemos curarnos de ello; pues, al cabo al cabo, ellos harán segun la voluntad del soberano Señor, y nosotros serviremos las generaciones por venir. Y como no debemos esperar gloria y reposo verdaderos en este mundo, no debemos preocuparnos en modo ninguno del día de mañana ni de otra cosa: punto y sazón este al que yo he llegado fortaleciendo mi espíritu con la lectura de la Biblia. Leedla también vos, leed á Isaías, versículos 8, 41 y 44, mejor dicho, leed todo el capítulo. Pero ántes, oid esto. Murió uno de mis pobres soldados en Preston. La víspera de la batalla, como estuviera muy enfermo y á punto de pasar de esta vida, llamó á su mujer, que trabajaba cerca de su lecho y le dijo:—«Tráeme un puñado de hierba.» Hizolo así ella, y viéndola, le preguntó si creía que despues de cortada se agostaría.—«Sí por cierto,» le contestó la buena mujer.—«Pues bien,» repuso el moribundo, «acuérdate de lo que digo: ¡Así sucederá con el ejército del Rey!»

»Y el soldado murió profetizando.»

## LII.

Para Cromwell eran los combates juicios de Dios; hallaba siempre modo de justificar al Parlamento de los cargos que le hacían sus adversarios, y aún sus amigos tibios, cuando lo acusaban de haber extremado la resistencia, con argumentos exclusivamente religiosos, y confortaba y excitaba el cansado celo de sus parciales por medio de argumentos y discursos inspirados en la divinidad de su mision, pues el Mahoma del Norte, como el Mahoma de

Oriente, poseía en alto grado la resignación obstinada en la contraria suerte, y así le acomodaba el papel de mártir como el de vencedor; estando de todas suertes demostrado con su conducta, que si al cabo de aquellos años de lucha gozaba de inmensa popularidad, no pudo esta vanagloria embriagarlo y desvanecerlo un solo punto.

—«¿Veis esa muchedumbre?—dijo por lo bajo á su amigo Vane el día de su entrada triunfal en Londres;—pues habría más si me llevaran á ahorcar.»

Pero si su corazón estaba en el mundo, su espíritu y su gloria remontaban muy alto el vuelo. Ninguno juzgó nunca mejor ni más gráficamente al pueblo; y, sin embargo, á pesar de la exactitud de sus apreciaciones no se creyó autorizado á despreciarlo, siendo el pueblo la criatura de Dios. Quería dominarlo, es cierto; pero sólo para servirlo mejor, y ni le preocupaba la idea de fundar dinastía, ni tampoco ambicionaba empuñar las riendas del imperio largo espacio. Era la personificación, y lo sabía, de la interinidad, y por tanto el Señor Todopoderoso lo apartaría de la escena político-religiosa de su patria tan luego hubiera completado su obra y robustecido y afirmado su fe, asegurando de una manera sólida é indestructible al pueblo inglés la libertad de conciencia.

## LIII

Sin embargo, el valor del Rey y la lealtad de sus parciales prolongaban la guerra civil con éxito vario, y aumentaba las probabilidades de resistencia el desembarco de la Reina, su mujer, que impaciente por abrazar á Carlos y á sus hijos y de socor-

rerios, había llegado á las costas de Inglaterra con refuerzos de Holanda y de Francia. Entónces fué cuando el almirante que mandaba la flota del Parlamento y que no supo ni pudo impedir el desembarco de los expedicionarios, se acercó de noche al lugar donde se hallaba Enriqueta, y rompió el fuego de su artillería desde abordó sobre la cabaña en que dormía la heroica Princesa, viéndose obligada para salvar la vida y asegurar el éxito de su expedición, á huir medio desnuda de las ruinas de su asilo, y á buscar abrigo detras de un ribazo á las balas de sus súbditos; logrando al cabo de muchas penalidades y sobresaltos reunirse con su marido, á quien tanto amor, abnegación y esfuerzo acrecentaron el denuedo y la bizarría.

Dióse de allí á poco una batalla en Marston, siendo iguales las fuerzas de los contendientes, y el Rey peleó cuerpo á cuerpo con los soldados de Cromwell, que aquel día mandaba las tropas del Parlamento. Cincuenta mil hombres, patriotas todos, regaron en vano con su sangre la tierra que los vio nacer, pues el Rey, vencedor en la jornada, quedó abandonado de sus principales capitanes y parte de las tropas, habiendo de replegarse al Norte. Todavía se atrevió á embestir en su retirada al ejército del conde de Essex, generalísimo del Parlamento, derrotándolo por sorpresa. Vencido el Conde, y perdido su ejército, se embarcó la vuelta de Londres, donde á la usanza romana, el Parlamento le agradeció su conducta, y felicitándolo por su confianza en la patria, le dió nuevas tropas.

Estas tropas unidas á las de Cromwell y del conde de Manchester, dispersaron las del Rey en Newbury; pero Essex, aunque vencedor, hastiado ya de las diferencias que trabajaban á sus huestes, obtuvo